

RFS-131



"LA MAGA DE ORIENTE"

Zarzuela en un acto, dividido en dos
cuadros, en prosa.

Sincio Delgado

==CUADRO PRIMERO==

REPARTO

PERSONAJES.

ACTORES.

SARA.....

SILVIA.....

MARCO.....

LORENZO.....

FABRICIO.....

ARCADIO.....

DANIEL.....

CAPITAN.....

Doctor

Badia

Pereira

Meneu de

Azuar

Bravo

Luluan

Garcia

Aguilar

Damas, Cortesanos, Saltimbanquis,

Des Oficiales.

La acción en un pais imaginario.-

Trages florentinos del siglo XVI.

Montaña *Ellos*
Quirce *Ellos*
ACTO UNICO
-CUADRO PRIMERO- *Las tiple*

Castillo real de recreo en las cercanías de la capital del Estado. Habitación decorada severa y ricamente, con el fondo abierto en arco para comunicar con una amplia terraza almenada, desde la cual se divisa un valle con caseríos y arboledas. Puerta en primer término izquierda.

-ESCENA PRIMERA-

DANIEL, PALACIEGOS y DAMAS.

M U S I C A

Damas.-

Ello es que no come
y ello es que no duerme
y ello es que no vive
con tranquilidad.

Caballeros.-

Y es tan apocado
que se encuentra inerte
para los embates
de la enfermedad.

Damas.-

Nadie la dolencia
sabe a punto fijo
si es de la cabeza
o es del corazón.

Caballeros.-

Un doctor rebate
lo que el otro dijo
y la luz no brota
de la discusión.

A mí, su fiel servidor, su amigo, su confidente, acaba de arrojarme de la habitación de mala manera.

Daniel.- Está peor, entonces?

Fabricio.--Está...como siempre. De endiablado humor, abatido, irritado, ¡deseando morirse

Daniel.- No será todo eso algo así como barruntos de locura?...Ya sabéis que su abuelo.

Fabr.- Sí; su abuelo acabó pegando fuego al palacio después de acuchillar a la servidumbre. Pero si el Príncipe está loco no es de esa manera. ¡Ojalá! Siquiera tendríamos emociones fuertes, saldríamos de ésta atmosfera de aburrimiento... Porque la manía tranquila y silenciosa de su alteza es insoportable.

Daniel.- Pero preferible a que le diera por caer sobre nosotros espada en mano.

Fabr.- Quien sabe! Sobre que él no se ha de salvar y nosotros nos hemos de morir de tedio...

Daniel.- Ah, pero, de veras creéis que no podrá salvarse?

Fabr.- Ya lo veis. Mal le sentaba la corte con

su agitación y su estruendo, pero este sosiego del campo lo sienta peor todavía.

Daniel.- Los Doctores de cámara, qué dicen?

Fabr.- Que su Alteza no tiene ninguna enfermedad. Que está sano y bueno como cualquiera de nosotros. Y se vá a dar el caso extraordinario de que un hombre se muera lleno de salud, cuando los sabios aseguran que no debe morirse.

Daniel.- Pero, nadie ha atinado con la causa de ese mal extraño?

Fabricio.- Nadie.

Daniel.- Bah! porque vos no habreis querido decirlo.

Fabr.- Ah! Creeis que yo sé...?

Daniel.- Como nosotros y mejor que ninguno, puesto que os cabe algo de culpa.

Fabr.- Como! A mí? No os entiendo!

Daniel.- Disimulais aun? Bien hizo el Príncipe en depositar en vos su confianza, puesto que sabeis guardar un secreto. Pero en este caso, es el secreto a voces, lo conoce toda la ciudad y tal vez todo el reino.

(45) El primero, naturalmente, el soberano.
Fabr.- Soy yo el único entonces...

Daniel.- Por qué hemos salido de la Corte y hemos venido a este castillo donde nos aburrirnos hace quince días, sin otras diversiones que la caza y la contemplación de la naturaleza casi virgen? Por qué el mal del Príncipe es de los que dicen que se curan con la ausencia; porque es mal de amores, que no alivian emplastos ni pócimas!

Fabr.- Suponeis por lo visto que su Alteza está enamorado?

Daniel.- Y vos estais cierto, puesto que por fuerza habeis mediado en el lance; que no es la primera vez y no os va mal en ello.

(46) Fabr.- Repito que estais equivocados todos. El Príncipe nada me ha dicho.

Daniel.- Profunda es la herida cuando de vos mismo la oculta. Pero habreis oído hablar siquiera de esa mujer diabólica, que vino a la ciudad no se sabe de dónde, a llevarse almas y riquezas.

Fabr.- A qué oídos no ha llegado su fama? Dicen

que tiene tan espléndida hermosura, tal elegancia en el atavío y tan grande encanto en toda su persona que no hay hombre alguno, ~~rico ni grande~~, noble ni plebeyo, que no se sienta y declare, a su sola vista, rendido y deslumbrado.

Daniel.- Y dicen mas. Dicen que el Príncipe la ha visto y hablado secretamente.

Fabr.- Cuando? Como?

Daniel.- A espaldas vuestras sin duda. Tened cuidado, que por lo que se vé, hay alguien que codicia vuestra plaza y hace méritos para conseguirla.

Fabr.- Seguid vuestro cuento.

Daniel.- El cuento es que su Alteza está hechizado desde aquel punto y hora...y esa es la enfermedad que no descubren los doctores. Comprendéis ahora la razón de nuestro destierro?

Fabr.- No la comprendo. Mejor sería dejar cierta libertad al Príncipe. Es un sistema que se ha seguido otras veces con buenos resultados. El hastío le curaría.

Daniel.- Con otra mujer, si; con esta aventurera, no. Todos están conformes en que, cuando

por ella prende en los corazones la
llama del amor, ya no se apaga nunca.

Dichos y el Doctor Malatesta, luego
Areadio *over 12.40*

Doctor ~~X~~ por la primera izquierda, sale tropezan-
do, como empujado) ¡Que modales! no
tanto señores pajes, no tanto

Pon= salida "Julian" La tira por la
ventana. *Caballero 12.40*

Ejon= ~~X~~ naturalmente no se trata de al-
grarle las pajarillas

~~X~~ Señores su alteza desea salir aquí,
a respirar el aire del campo.



MUSICA

(Yéndose)

Todos.-

~~Ello es que no come
y ello es que no duerme
y ello es que no vive
con tranquilidad...~~

(Vanse por la terraza fondo
(derecha.)

ESCENA III

LORENZO y ARCADIO.

Arcadio.- Ya no hay nadie. Podeis salir, señor.

Lorenzo.- ~~Acórcate al muro~~ y mira hacia el sende-
ro que se pierde en el bosque.

(ARCADIO obedece. Pausa.)

No ves nada?

Arcadio.- Nada.

Lorenzo.- Ni allá lejos, en el camino real, al
otro lado de los árboles?

Arcadio.- Tampoco. // *musica* No va ni viene por el alma na-
cida.

Lorenzo.- Habrán detenido al mensajero? Le habrán
preso o desterrado a ella tal vez? Si
no lo han hecho me enviará noticias o
vendrá. Me prometió venir fuera como
fuera!

Arcadio.- No os fieis de promesas de mujer, señor,
y menos en este caso, en que, aunque
quisiera, no podría cumplirlas.

Lorenzo.- Por qué? Para su voluntad no hay nada imposible.

Arcadio.- Esto sí. Ya sabeis lo que os han dicho. Depende la salud del reino de que os separeis de ella para siempre.

Lorenzo.- Pero la salud del reino depende tambien de la mía y sin esa mujer divina, me muero. Hoy la espero no mas. Si en todo el día no viniere, mañana corro yo a buscarla.

Arcadio.- No hagais tal, señor; a esas mujeres no se las debe visitar sin previo aviso. Correis el riesgo de averiguar algo que os desagrade.

Lorenzo.- Eh! que es eso? Qué supones?

Arcadio.- Lo mismo que vos, señor; y perdonad que os descubra el pensamiento. No es la separación lo que os apena y entristece; son...

Lorenzo.- Dilo de una vez. Son los celos. Y como no, si ni estrechándola entre mis brazos estoy seguro de que en aquel momento es solo mía? Esa mujer es la traición y la mentira hechas carne. La temo, me desespera y la adoro!

Arcadio.- Por serlo vive y triunfa.

(No) Lorenzo.- Y por serlo me ha dominado como ninguna otra, haciéndome formar humildemente en las filas de sus esclavos con la cadena al cuello; O viene o la busco.

Arcadio.- Calmaos, señor; ~~quita~~ las consecuencias de semejante locura.

(No) Lorenzo.- Pesadas y medidas están. Cualquiera de los vasallos de mi padre puede perseguirla, ganaría para él solo, abrazarse en aquel fuego del infierno y arruinarse por ella. Solo yo, el grande, el poderoso, he de consumir mi pasión en esta calma abrumadora, sujeto a la argolla de la razón de Estado, hasta que las ansias del amor me aniquilen y el veneno de los celos me maten. Por esa desigualdad me irrito y contra semejante injusticia me rebelo!

Arcadio.- Tened prudencia y disimulad. Viene gente.

Bravo de

ESCENA IV.

DICHOS y FABRICIO por la terraza.

Lorenzo. ~~X~~ Es Fabricio. Qué pasa?

Fabr. ~~X~~ Perdonadme que contravenga vuestras ór-

denes, pero acaba de llegar una persona que desea hablaros.

Lorenzo.- Es ella, por fin!

Arcadio.- Se habrá atrevido?

Lorenzo.- No ha dicho quién es?

Fabricio.- Ni hace falta. Trae una Orden del Rey.

Lorenzo.- ¿Del Rey? No es ella!

Arcadio.- Quién sabe! Capaz es de todo.

Lorenzo.- Tú no conoces a esa persona?

(A Fabricio)

Fabr.- Sí, Alteza. Es el Monje solitario del peñascal, que vive en una choza miserable en lo alto de la montaña.

Lorenzo.- El Monje del Peñascal? Mi padre se burla de mí. ~~Sabe que me muere por una mujer hermosa y me envía un fraile.~~

Fabr.- Nada como la religión para devolver la paz a vuestro espíritu.

Lorenzo.- De veras? Pues dile que no quiero verle. Que se vaya.

Fabr.- Señor...

Lorenzo.- Lo oyes? Que se vaya he dicho. Ni estoy tan sano que pueda sufrir sermones, ni tan enfermo que necesite encomendar mi alma a Dios.

Fabricio.-Pensad que eso no se puede hacer. Ni el mismo Rey se atrevería a negar la entrada a este Monje, cuya fama de santidad se ha extendido por todo el mundo. Si lo hicierais perderiais la estimación del pueblo que le admira por su virtud y lleva de boca en boca sus milagros.

Lorenzo.- Lo crees así? Pues bien, dile que le espero.

(Mutis FABRICIO)
(A ARCADIO)

Déjame con él.

Arcadio.- Oíble y atendedle. Acaso pueda salvaros.

Lorenzo.- No lo creas; no son capaces de arrancarme este amor todos los frailes de la cristiandad ni todos los santos del cielo.

Bravo
Marcos
17. 15.

(Váse ARCADIO primera izquierda. Enseguida aparece en el foro MARCO.)

ESCENA V.

LORENZO y MARCO.

-MUSICA-

Marco.-

Descienda la divina bendición sobre el hijo del Rey.

Lorenzo.-

Que acata desterrado sin razón un mandato que es ley.

Marco.-

Cuando padece un hombre
mi caminar detengo
ante la humilde choza
y ante la real mansión.
Y desde el alto monte
para ofrecerte vengo
con la divina gracia
la celestial unción.

Lorenzo.-

Por desgracia, padre mío,
con plegarias y oraciones
no se cura ni remedia
mi traidora enfermedad.
Que al que oprime una cadena
de macizos eslabones
no recobra con los rezos
la perdida libertad.

Marco.-

Blasfemas, dudando
de Dios poderoso:
te vence la pena
te ciega el dolor.
Pero El te perdona
clemente y piadoso
y a darte me envía
ternura y amor.
Si humilde el alma inquieta
se doma y se sujeta:
si con fervor recojes
el pensamiento en El;
la calma apetecida
será la férrea brida
que acabe la impetuosa
carrera del corcel.

Lorenzo.-

Imposible, padre mío,
sujetar el pensamiento
que se escapa como el viento
de furiosa tempestad.
Si sufrieras lo que sufro
si sintierais lo que siento,
no buscarais al tormento
lenitivo en la humildad.

Marco.-

Del cielo reniegas!

Lorenzo.-

Reniego de mí.

Marco.-

Por eso a salvarte
me envían aquí.

Descienda la divina bendición
sobre el hijo del Rey.

Lorenzo.- Que acata desterrado sin razón
un mandato que es ley.

- H A B L A D O -

Marco.- La confianza en el infinito poder de
Dios mitiga todas las amarguras del
mundo.

Lorenzo.- Así lo creo, padre: pero la mía es ma-
yor que mi fé. Me domina y me vence.

Marco.- Resignate y lleva el pensamiento a lo
alto. La resignación calma lentamente
el dolor de la herida y el tiempo bo-
rra la señal.

Lorenzo.- Si no la hace mas honda.

Marco.- Con la soledad y la oración el espíritu
triunfa siempre.

Lorenzo.- El espíritu de los santos, pero no el
de los hombres. Vos, aislado en una ca-
baña, habéis podido encontrar la felici-
dad. Yo encontraría la locura; mi mal no
tiene remedio.

Marco.- Todos lo tienen en la voluntad del hom-
bre. Que mal es el tuyo?

Lorenzo.- Para qué deciroslo si la medicina que ha de curarle no está en vuestra mano?

Marco.- Ni en la de Dios tampoco?

Lorenzo.- En la de Dios, sí; pero no por vuestra mediación, padre. Al contrario, si os la pidiera deberiais maldecirme.

Marco.- ¿Por qué? Mi misión es de paz. Un solo instante de arrepentimiento borra los crímenes monstruosos. Tan grande es el tuyo que ni con el deseo de la enmienda puede alcanzar la divina gracia? Calmate y dime la causa de tu pena.

Lorenzo.- Debeis saberla puesto que mi padre os envia.

Marco.- Solo sé que sufres; que el enemigo te atormenta con deseos impuros; que tu alma se rebela ante la razón y que tu ceguedad puede trastornar el reino.

Lorenzo.- Así es.

Marco.- Pero sé también que si todos los hombres deben ser fuertes contra la tentación, los príncipes han de tener mas fortaleza que los demás, puesto que el castigo de sus pecados no solo cae sobre su cabeza, sino que puede alcanzar a su

No

pueblo.

Lorenzo.- Eso estaría bien si el corazón de los Reyes no fuera igual al de los vasallos. Perdonad, pero vuestros consejos son inútiles; me los he dado a mí mismo cien veces y la pasión me impide oírlos.

Marco.- La pasión! Débil obstáculo cuando la voluntad es firme.

Lorenzo.- Vos no podeis entender de eso, padre. Allá arriba, entre la silenciosa quietud del monte y la serena calma del firmamento, qué podeis saber de las infinitas angustias que entristecen el alma y de las llamaradas del amor que encienden la sangre?

Marco.- Es amor de mujer lo que te enloquece y acongoja?

Lorenzo.- Y que otra cosa pudiera ser que yo no venciera?

¡El amor!

Marco.- Pues esa es, de todas las desventuras de los hombres, la que, por estar solamente en la imaginación, mejor y mas pronto se combate. No sueñes que amas y te desprecian, que eso espolea el deseo con

acicate de la vanidad ofendida; piensa que te aman tambien con un ardor igual al tuyo, y ello bastará para que el amor fingiéndose correspondido y satisfecho, se muera de cansancio.

Lorenzo.- Grande es vuestra sabiduría, pero ignorais que no se sueña lo que se quiere: no he conocido jamás hombre alguno capaz de hazaña semejante.

Marco.- Yo si.

Lorenzo.- Quién?

Marco.- Quien al adivinar la traición en los ojos de la mujer amada, supo apagar con lágrimas de sangre la llama de los celos; quien halló en su orgullo de hombre fuerte las armas para combatir el ansia de la carne y huyó de la hermosura tentadora para no caer en el abismo de la infamia.

Lorenzo.- Dónde y cómo huyó?

Marco.- Allá arriba, al bosque salvaje, donde se vé mas grande a Dios y mas pequeño el mundo, donde el ayuno y la oración doman el instinto y donde se encuentra

la paz tras largos años de torturas sin nombre y de deseos locos que atraviesan el corazón como puñales. Tú no puedes entender de eso, Príncipe!

Lorenzo.- Si! Lo entiendo y os entiendo, padre...
Y ahora es cuando vos podéis entenderme.

Marco.- Silencio!

*Bravo
F. L. D.*

ESCENA VI.

DICHOS y FABRICIO.

Fabr.- ~~XX~~ Señor...

Lorenzo.- ¿Qué quieres?

Fabr.- El Mayordomo del Rey me envía un mensaje.

Lorenzo.- Y qué tiene que decirte el Mayordomo del Rey?

Fabr.- Que con el mensajero vienen algunas personas que han de presentarse a Vuestra Alteza de orden de su Majestad.

Lorenzo.- Otras personas? Mas frailes acaso?

(A MARCO)

Mi padre es capaz para ayudaros de enviar una comunidad entera.

Fabr.- No se trata de Monjes, señor; sino de saltimbanquis y danzarinas de las que

en la plaza pública divierten al popu-
lacho con juegos y canciones.

Lorenzo.- Ah, saltimbanquis tambien?

(A MARCO)

Ya lo veis, padre; el Rey no confia
demasiado en vuestros sermones y encien-
de una vela a Dios y otra al diablo.

(A FABRICIO)

Despide a esa gente, Fabricio.

Marco.- Al contrario, recíbela y alegra tu co-
razón y distrae tu pensamiento.

Lorenzo.- Creeis, santo varón que ya no lo inten-
té en vano con fiestas mas grandes y
placeres mas vivos?

Marco.- Pero estas diversiones del pueblo inge-
nuas y sencillas son como el aire del
campo que purifica y fortalece.

Lorenzo.- Lástima que no lo hubiera sabido el hom-
bre fuerte de vuestro cuento! Pero, pues-
to que lo quereis, hagamos la prueba.
Que entren, ~~ellos~~.

*Caballero
10/10*

(Váse Fabricio)

Marco.- Yo, entretanto pediré a Dios que nos
ayude. Haz que me guien a la capilla.

P. Arcadio. Mi presencia podria infundirle
respeto. *Julian Sale* * *Alteza* *

Lorenzo.-

(Llamando hacia la primera
(izquierda.)

Arcadio!

Marco.-

Mi presencia aquí podría infundirles
respeto.

Arcadio.-

(Apareciendo en la primera
(izquierda.)

Altoza!

Lorenzo.-

Guía hacia la capilla a este venerable
Monje. Y sigue vigilando el sendero.

(Vanse ARCADIO y MARCO)

Salida Leon

*Guía a la capilla a este venera-
ble monje y sigue
(al monje)*

*Guía a la capilla a este venera-
ble monje y sigue
vigilando el sen-
dero*

SCENA VII.

LORENZO, FABRICIO, DANIEL, SILVIA, SALTIMBANQUIS

Salen // Señor //

y CORO.

Bravo

Salon

Reyano

- M U S I C A -

CORO.-

(Saliendo)

En esta vida de soledad
en que nos tiene su Majestad
son el remedio
que nos depara
la bienhechora
casualidad.
Traen el bullicio
traen la algazara
traen la alegría
de la ciudad.

Lorenzo.-

Pasad.

Fabr.-

Pasad.

Daniel.-

Pasad.

Coro.-

Pasad.

(Entran los Saltimbanquis y
(bailan ante el Príncipe.-Al
(terminar la danza, canta SILVIA

SILVIA.-

Oid la leyenda
del moro de Argel
gentil caballero
y apuesto doncel.
Por los campos feraces de Berberia
la caravana
marchando vá.
La ilusión tentadora, que es quien la
guía

la dice siempre
que es mas allá:
A un moro que una noche
soñó despierto
una huri del Profeta
se apareció.
-Si me adoras, le dijo,
cruza el desierto
y asciende a la montaña
que allí estoy yo-
Y por eso avanzando de noche y día
buscando el sitio donde ella está
por los campos feraces de Berberia
la caravana
marchando vá.
La ilusión la espolea
pero la engaña
y cuando al fin asciende
por la montaña
llega a la cumbre
y allí no está
y una voz misteriosa la dice
que es mas allá.
Corre el mancebo
por mar y tierra
del valle fértil
a la alta sierra
perpetuo esclavo
de una ilusión
que nunca alcanza
su corazón.
Y allí no está
que es mas allá...

Esta es la leyenda
del moro de Argel
gentil caballero
y apuesto doncel.
En ella con colores de fantasía
la vida eterna
pintada está
que con una esperanza por norte y guía
la caravana
marchando vá...
Y allí no está
que es mas allá...

(Los Saltimbanquis bailan
de nuevo.)

- H A B L A D O -
- - - - -

Lorenzo.- Bien está tu canción mujer, pero mas
entristece que alegra.

Silvia.- Porque tu espíritu no será capaz de con-
moverse con la dulce poesía del desier-
to.

Lorenzo.- Tienes razón; ni con esa ni con ninguna.

Silvia.- Quien sabe! Yo estoy segura de que mis
compañeros y yo acabaríamos por agradar
a vuestra Alteza. Sabemos muchas cosas
Voluptuosas danzas orientales, trovas
de amor de pastores y zagalas, coplas
picarescas de doncellitas livianas y
galanes atrevidos, romances de aventu-
ras maravillosas, cuentos de hadas...

Fabr.- Si Vuestra Alteza quiere, aposentos

hay para toda esta gente en el Castillo.
Lorenzo.- Quereis curarme a mi o divertiros vosotros? Dejadme de cuentos y ~~romances~~ ^{fabrics}. Regaladlos en mi nombre y sigan en paz su camino.

(Váse primera izquierda)

Fabr.- Ya lo oyes, hermosa. Nosotros hubiéramos querido teneros un año como huéspedes, pero desgraciadamente no habeis logrado divertir a Su Alteza.

Silvia.- No es extraño. Vámonos compañeros. Las canciones de ternura no se hicieron para oídos de Príncipe.

*Narrador
(apartado)
2.º 3.º*

ESCENA VIII.

DICHOS menos LORENZO.-Luego SARA.

- M U S I C A -

Todos.-

(Marchándose)

La caravana
marchando vá
y allí no está
que es mas allá.

(Se detienen al oír la voz
de SARA.)

Sara.-

(Dentro)

Traigo la flor del romero oloroso
la del sagrado
monte Cedrón

la que produce el licor prodigioso
para los males
del corazón.

Todos.-

Quien es esa mujer que al castillo
se atreve a llegar
y bajando a su paso el rastrillo
la dejan entrar.

Sara.-

(Saliendo)

Traigo la flor
que cura y remedia locura de celos
y males de amor.

*Traigo la
flor*

Un hechicero
y una adivina
me recogieron
cuando nací.
Desde los campos
de Palestina,
mágico impulso
me trae aquí.

Coro.-

La curandera
maravillosa
cuerpo de nacar
cara de rosa,
viene arrastrada
por el destino
sembrando flores
en su camino.

Sara.-

Por el oculto poder que tengo
soy lo que soy;
nadie pregunta de donde vengo
ni a donde voy.

Los mas fuertes, los mas sabios
disputaronse de hinojos
las caricias de mis labios
las miradas de mis ojos.

Traigo la flor
que cura y remedia locura de celos
y heridas de amor.
De un hechicero
y una adivina
la ciencia toda
se junta en mí.

Coro.-

Desde los campos
de Palestina
secreto impulso
la trae aquí.

Sara.-

Traigo la flor
que apaga los celos
y cura el amor.

- H A B L A D O -
- - - - -

Fabr.-

Forzoso será rendirse ante el poder de
tu magia o al de tu hermosura; cualquie-
ra que sea el que te abrió las puertas
de este Castillo real, donde no se entra
tan fácilmente.

Sara.-

Os equivocáis; no he necesitado apelar
a mi arte para nada. El talisman que
me ha allanado los obstáculos es muy
sencillo. Vedlo.

(Enseñándole un pergamino)

Fabr.-

Un salvoconducto!

Sara.-

Firmado por el Rey. Por él vereis que
no solo puedo entrar aquí cuando se me
antoje, sino en la misma cámara del Prín-
cipe.

Fabr.-

Cómo lo lograste?

Sara.-

No fui yo, sino mi fama, que desde los
humildes lugares llegó hasta palacio.

No sabeis que con jugo de plantas y esencia de flores hago curaciones milagrosas?

Fabr.- Ah! Y vienes a intentar la del Príncipe?

Sara.- A intentarla y a conseguirla.

Fabr.- Estás segura?

Sara.- Sí; la vida me va en ello.

Fabr.- Cómo?

Sara.- El Rey me ha ofrecido un tesoro si su Alteza se salva y castigarme como hechicera si mi ciencia es inútil. Ya comprendereis que cuando he aceptado el trato es porque está en mi mano curar a su Alteza.

Fabr.- Solo una mujer es capaz.

Sara.- Solo una mujer. Yo.

(FABRICIO se acerca a ella
(y habla reservadamente.)

Fabr.- Sospecho que no eres lo que pareces.

Sara.- Pues callaos vuestras sospechas, que quien puede salvar a un príncipe mejor podrá perder a un mayordomo.

(Alto)

Id y avisad que le espera...

Fabr.- Quien?

Sara.- Una Maga de Oriente, que ha jurado devolverle la salud y la vida.

Fabr.- Haré lo que pides.

(Aparte)

No mentía la fama de ésta mujer. Domina y vence!

(Váse primera izquierda)

Sara.-

(A los demás)

Salid también vosotros y perdonad señores. Necesito recoger mi espíritu en la soledad para evocar las fuerzas misteriosas que van a ayudarme; cuando volvais el Príncipe estará curado y se alzará vuestro destiempo.

Daniel.- Dios lo haga!

Sara.- Confiad. Lo hará Dios... Conmigo.

(Vanse foro derecha SILVIA,
DANIEL, SALTIMBANQUIS y CORO.
SARA viéndolos marchar, sale
a la terraza y queda junto al
muro, de espaldas al público,
contemplando abstraída el paisaje.
Salen por la primera izquierda LORENZO y FABRICIO.)

Fabricio.- Aquella es, señor.

Lorenzo.- Déjanos.

Fabricio.- Habrán engañado al Rey o su Majestad se habrá dejado engañar adrede?

(Aparte, yéndose por la derecha.
(foro.)

ES CENA IX.

SARA y LORENZO.

Quitar 1a sda
~~Lorenzo.- Sara!~~ *Sara!*

Sara.-

(Volviéndose pero sin apartar-
se del muro)

Si; yo soy. Lo habeis adivinado?

Lorenzo.- Quién si no tú podías ser la Maga segura
de curarme? ¡Bendita seas!

(Avanzando hacia ella)

Sara.-

(Deteniéndole con el ademán)

Quieto! Vigilarán, escucharán...y po-
drían separarnos para siempre sin que
sepais lo que vengo a deciros.

Lorenzo.- Es grave?

Sara.- Mucho.

Lorenzo.- Habla.

Sara.- Que estoy segura de que no me amais,
Príncipe.

Lorenzo.- Yo? No te amo yo que muero por tu au-
sencia y recobro la vida solo con verte?

Sara.- Eso no basta.

Lorenzo.- No?

Sara.- No: todos mis adoradores me dicen lo
mismo.

Lorenzo.- Todos? Te lo dicen todos? Infame! H

venido a recordarme que tienes muchos?

Sara.- Calmaos; no he venido a esc. Supongo que lo recordareis a todas horas sin que nadie os lo diga.

Lorenzo.- Sí; a todas horas! Y eso es lo que me atenaza el corazón y me enciende la sangre.

Sara.- Y eso es lo que os hace creer que me amais siendo mentira. Si no me codiciarán todos, ~~si me me perseguieren los hombres como bestias~~, mi enamorado Príncipe me habría despreciado y abandonado hace mucho tiempo, ~~como abandoné y desprecié a tantos infelices que fueron seducidos~~. Negadlo!

Lorenzo.- Lo niego! Te amaría mas, puesto que te amo, a mi pesar, siendo como eres.

Sara.- Vamos a verlo. Me esperabais?

Lorenzo.- Sí.

Sara.- Por qué?

Lorenzo.- Porque me habias prometido venir, fuera como fuera.

Sara.- Luego teniais fé en mi palabra, a pesar de saber que hasta en peligro de muerte

podría verme por cumplirla. Comparad mi conducta con la vuestra y juzgad.

Lorenzo.- Qué quieres decir?

Sara.- Que si una pobre aventurera sin otro amparo que su astucia consigue llegar hasta vos arriesgándolo todo, tiene derecho a dudar del hijo de un rey que ni siquiera intentó llegar hasta ella.

Lorenzo.- La empresa hubiera sido imposible. Mi propia estirpe me sirve de grillete. El heredero del trono tiene siempre cien ojos que le espían, cien oídos que le escuchan...

Sara.- Y cien brazos que le sirvan.

Lorenzo.- Pero no contra la voluntad del Rey.

Sara.- También está en contra mía y mas gente que a vos me espían y me escuchan. Y aquí estoy.

Lorenzo.- Será porque me amas de veras?

Sara.- No acabo de probarlo.

Lorenzo.- Pero no me atrevo a creerte... Este resplandor de felicidad despues de las sombras de la duda, me deslumbra y me ciega... Si! Te creo. No arriesgarías tanto si me engañaras...

(Abrazándola)

Y ahora...!Siempre así! Eternamente mía!

Sara.- Eternamente? No seais ambicioso, Príncipe.

Lorenzo.- Cómo! Que decís?

Sara.- Que os contentéis con lo que os dan de presente y respetéis el misterio de lo porvenir... Nada hay eterno en la tierra.

Lorenzo.- El amor sí.

Sara.- El amor menos que todo lo demás.-"Mía para siempre!"- Mil veces me dijeron lo mismo.

Lorenzo.- !Otra vez el recuerdo de tu infamia! Déjame, aparta! Eres perversa y gozas con serlo. Atraes para desesperar y desesperas para atraer.

Sara.- Así era cuando me conocisteis. Tomadme como soy o dejadme.

Lorenzo.- Ojalá pudiera!

Sara.- Quién os lo impide?

Lorenzo.- No lo sé, una fuerza misteriosa que liga mi existencia a la tuya, un deseo imperioso de borrar tu pasado arrancándole de tu memoria y de la memoria de las gentes.

Sara.- Probad a lograrlo.

Lorenzo.- ~~Como?~~

Sara.- No quereis que sea solo vuestra? Sed solo mio!

Lorenzo.- No lo soy ya?

Sara.- Ahora si. Mas tarde cuando seais Rey, tendreis que sacrificarme por la paz del reino.

Lorenzo.- No seré Rey. Huiremos donde quierais a vivir oscuramente, humildemente, lejos y solos.

Sara.- Dejaos de sueños! La tranquila posesión traerá el hastío y me acusaríais de haber perdido el trono por mi causa.

Lorenzo.- No, porque tu fidelidad vale mas que el trono.

Sara.- Y quien os dice que yo puedo ser fiel a ese precio?

Lorenzo.- Ves? Me atormentas por capricho.

Sara.- No; ~~dice la verdad.~~ La prueba de amor que ha de rendirme ha de ser mayor todavía.

Lorenzo.- Cual?

Sara.- No descendais hasta mi, que lo han hecho todos, elevadme hasta vos, que no lo ha hecho nadie.

Lorenzo.- Sara!

Sara.- Príncipe!

Lorenzo.- Me asusta comprenderte...Tú reina?

Sara.-

(Cambiando de tono y haciéndole familiar.)

No lo soy de tu corazón?

Lorenzo.- Calla, déjame. Eso es imposible. Y ahora te comprendo y te conozco...Era la ambición, una ambición desatentada y loca, lo que ocultaba tu amor fingido.

Sara.-

(Riendo)

Ay, mi pobre Príncipe, que no ha podido resistir la prueba...

Lorenzo.- Eh! Como?

Sara.-

Yo, para qué quiero tu corona, si tuve muchas a mis pies y las aparté a un lado para no perder mi libertad?...Guárdatela, si quieres, pero no digas que me adoras, puesto que ni de burlas te atreviste a ofrecérmela.

Lorenzo.-

(Volviendo a abrazarla)

Ah, mi vida, mi amor! Me enloqueces y me subyugas...Harás de mí lo que quieras, seas como fueres.

ESCENA X.

Arcadio. ~~Señor...~~ Ah! Era ella?

Lorenzo.- Si, ella! Se atrevió a venir porque...
ya lo ves, me ama a mí solo. Lo dudas?

~~¿me ama?~~

Arcadio.- ~~Yo no digo nada, altera.~~

Lorenzo.- Anuncia por todo el Castillo que está curado el Príncipe. Que se queden los Saltimbanquis, que dispongan las mas exquisitas viandas, y el vino mas añejo. Quiero celebrar con orgias y fiestas mi vuelta a la vida!

Arcadio.- Permitid antes que os dé las nuevas que traigo.

Lorenzo.- Cuales son?

Arcadio.- Que acaba de llegar un pelotón de Guardias del Rey. Los he visto avanzar a galope y deben estar entrando en el castillo.

Sara.- Los guardias del Rey!

Lorenzo.- Nada temas.

Sara.- Sí; vienen por mí; estoy segura. He creído engañar a su Majestad y he caído en el lazo.

Lorenzo.- Quién sabe! Esperemos.

Arcadio: ¡Albricias! nuestro príncipe se
he curado ¡albricias! todos
Doctor ~~(por la Dcha)~~ no tiene importancia
no he sido yo, ha sido la ciencia

Arcadio = ¡Claro que no habeis sido vos
Es el amor quien te ha curado

Doctor = Pues si yo llego a saber que
estaba en eso el remedio...

Sara - ¿Dudas de que te hará dichoso?

Lorena Como he de dudarlo, si tu sola
eres el remedio de mi mal.

Doctor - ¿A que no dice ahora que
me tome la medicina?

¡Enchus Fabricio y Daniel luego
cortosanos

Fabricio ~~altos~~ altera. Acaba de llegar un
pelotón de guardia del rey, el
capitán que manda la fuerza
espera vuestras ordenes

Sara Los guardias del rey
Lorena nada temas

Sara Si vienen por mí, estoy segura he
querido engañar

Arcadio.- ~~Amigo~~. ¿Quién sale!

ESCENA XI

DICHOS, FABRICIO, DANIEL, CORTESANOS, UN CAPI-
TAN, LOS OFICIALES.

Fabr.- ~~Alteza. Un Capitán de Guardias del Rey.~~

Lorenzo.- ~~Que entra.~~

Fabr.- ~~Pasad.~~

CAPITAN. ~~A la orden de vuestra Alteza.~~

(Entrando)

Lorenzo.- ~~¿Es tú?~~ ¿qué quieres? A qué has venido?

Capitán.- A daros escolta para que volvais a palacio.

Lorenzo.- Nada más?

Capitán.- Nada mas.

Lorenzo.- Pero el Rey decide que concluya mi destierro?

Capitán.- Si, Alteza. El corazón magnánimo de su majestad, sufre separado de vos y ni un momento mas quiere prolongar el castigo.

Lorenzo.- Está bien. Iremos mañana. Fabricio, dispón alojamiento para la tropa.

Capitán.- Perdonad, señor. Han llegado Embajadores: El Rey va a recibirlos y vuestra presencia es necesaria. Debemos marchar sin

perder tiempo.

Lorenzo.- Hubierais empezado por ahí, Capitán! Se trata como siempre de la razón de Estado.

Y...no traes otras órdenes?

Capitán.- Ninguna.

Lorenzo.- Puede acompañarme esta sabia mujer que con su ciencia prodigiosa acaba de curarme?

Capitán.- Acompañaros, no...y ya comprenderá la razón Vuestra Alteza. Pero puede ir cuando quiera a Palacio a recibir el premio ofrecido.

Lorenzo.- (Aparte a Sara)

Ves? No hay temor.

Sara.- Desconfiad. Presiento que todo es mentira.

Lorenzo.- Si lo fuera...Tambien venceríamos.

(Aparte a Arcadio)

Arcadio, el monje del Peñascal seguirá en la capilla. Dile que le aguardo en mi cámara.

(Váse Arcadio)

Capitán.- Os disponéis para marchar, Alteza?

Lorenzo.- Si; ahora mismo. Esperadme.

(Váse 1ª izquierda)

ESCENA XII.

SARA, FABRICIO, DANIEL, CORTESANOS, CAPITÁN
y OFICIALES.

Fabr.- ~~Ya lo ois, señores.~~ Gracias a Dios o
al diablo volvemos a la Corte.

Daniel.- Y creo que perdemos el tiempo, en vez
de prepararnos para la vuelta.

Sara.- Yo iré con vosotros.

Capitán.- No, esperad. Vos llevareis otro camino.
Estais presa de orden del Rey.

Sara.- Cómo? Por qué? No habeis oido que he
cumplido mi palabra y he curado al Prín-
cipe?

Capitán.- Pero vuestras artes maravillosas os han
engañado esta vez. Prenderos en la ciu-
dad, donde el pueblo os adora y los no-
bles os aman, era mas difícil que en el
castillo, donde nadie ha de oponerse.
A Sara la aventurera, sin otro delito
que el de ser hermosa, era imposible
castigarla; a la maga sin nombre se la
puede acusar de hechicería... Compren-
deis? Vuestra misma astucia os ha perdi-
do.

Sara.- Esto es una iniquidad. Hablaré al Príncipe.

Capitán.- (Interceptándola el paso)

No puede ser. Su Alteza vá a salir con su escolta. Vos tambien llevareis la vuestra. #

Sara.- Para qué?

Capitán.- Para conducirlos al puerto mas próximo desde donde partireis desterrada para la Isla de las Rocas negras.

Sara.- Eso jamás! Conozco vuestra isla. De cuanto el Rey envió allá, nunca llegó ninguno. Condenar a ese destierro es condenar a muerte en el fondo del mar. No iré os digo!

Capitán.- Sentiré conducirlos a la fuerza.

Sara.- Ved lo que haceis! Soy extranjera y vuestro Rey no tiene dominio sobre mí.

Capitán.- No lo sé! Cumpla sus órdenes.

Sara.- Atreveos!

~~(Aparece MARCO la izquierda.)~~

Capitán.- ~~Señores oficiales,~~ sujetadla.

Marco
da. J.

ESCENA XIII.

DICHOS y MARCO.

Caballero

MARCO.- Deteneos, ~~señores oficiales!~~

Fabr.- El Monje.

Capitán.- El Santo.

Sara.- (Corriendo a guarecerse tras
(él.)

Ah! Dios os envía, Padre. Defendedme!

Marco.- El empleo de la fuerza contra una mujer,
no es lícito para los caballeros. Por
qué quereis prenderla?

Capitán.- Por mandato de su Majestad.

Marco.- Que delito es el suyo?

Capitán.- No nos toca averiguarlo. Hemos recibido
la orden de conducirla a la Isla de las
Rocas Negras y debemos cumplirla.

Sara.- Padre, esa isla es la muerte.

Marco.- Sí, es la muerte. Capitán, nadie puede
emprender ese viaje sin que la religión
le fortalezca. Salid y esperad. Yo os
prometo que con esta mujer será inútil
la violencia. Por su propia voluntad ha
de seguirlos.

Capitán.- Obedezco, Padre, pero pensad que ahora
éste Capitán, vuestro siervo, represen-
ta al Rey, que está sobre todos nosotros

Marco.- Y piensa tú que el solitario del Peñas-

cal representa a Dios, que está sobre el Rey.

(El CAPITAN besa la mano de MARCO y todos se retiran lentamente por el fondo de-
(recha.)

ESCENA XIV.

SARA y MARCO.

Marco.- ~~¿Excellencia?~~

Sara.- ~~Si.~~

Marco.- ¿Qué crimen cometiste para merecer tan grave pena?

Sara.- Ninguno. Ser amada por el hijo del Rey.

Marco.- Ah! Bajo ese disfraz se esconde la cortesana que ha enloquecido con sus hechizos al Príncipe?

Sara.- No es mía la culpa. Tengo, contra mi voluntad, el don maldito de enloquecer a los hombres.

Marco.- Porque no habrás pedido a Dios que te libre de él.

Sara.- Solo una santa lo haría, padre.

Marco.- Con ser virtuosa basta para huir del pecado de orgullo.

Sara.- Me ois en confesión?

Marco.- Sí; en confesión te oigo.

Sara.- Pues os diré la verdad. Si encuentro un placer en atormentar a los que me desean sembrando a mi paso pasiones del infierno y gérmenes de feroces odios, no es por vanidad sino por venganza.

Marco.- Venganza de quién?

Sara.- De un hombre en todos los demás. Del primero que se miró embelesado en mis ojos, del que encendió en mi pecho la lumbre del amor, del verdadero amor inextinguible y puro que no se ha apagado todavía.

Marco.- Tan malo fué para tí ese hombre?

Sara.- Si; muy malo. Despertó mi alma con palabras dulces y promesas de goces infinitos, para martirizarme despues con sus dudas crueles y sus celos salvajes, y abandonarme al fin sin compasión ni lástima.

Marco.- Mientes.

Sara.- Que miento? Me conoceis acaso, padre?

Marco.- Te conozco. Jugaste con el corazón de tu primera víctima como has jugado despues con los demás...y fuiste entonces mas criminal que nunca, porque los o-

tros de quienes te burlaste no te dieron mas que riquezas y aquel te dió su vida y su alma.

Sara.- Os lo ha dicho él por ventura?

Marco.- Sí; él, que conmigo buscó en la paz de las altas montañas el remedio a las penas horribles que atormentaban su espíritu.

Sara.- Y que no son tan grandes como las mías, padre.

Marco.- Por qué?

Sara.- Porque en el trance de muerte en que me encuentro no puedo ir con vos allá arriba, envuelta en el burdo sayal del penitente, a decirle que me perdone, que me aguarde hasta que, purificada tambien por la oración y el cilicio, puedan nuestras almas unirse ante Dios para siempre, en el amor santo que vivió en mi corazón entre las tempestades de mi vida y que dichosa y feliz leí en sus ojos.

Marco.- Cuando?

Sara.- Ahora.

Marco.- Calla!

Sara.- Pero cuando arrepentida de mis culpas,
me entregueis a los Guardias del Rey,
id y decidle que aquella divina ternu-
ra que sembró en mi alma no se envene-
nó jamás con las impurezas del mundo.

Pues
Marco.- Decidle... *vos*
Qué?

- M U S I C A -

Sara.- Que siempre tuve un goce
de misterioso encanto
en el recuerdo santo
de mi primer amor,
como él no logró nunca
que le otorgara el cielo
a su pesar consuelo
ni alivio a su dolor.

Marco.- Como castiga
tu liviandad,
Dios te bendiga
si eso es verdad.

Sara.- Decidle, padre mío
que ha sido mi tortura
pensar en la locura
que me hizo indigna de él
y el llanto muchas veces,
rezando de rodillas,
bañaba mis mejillas
quemándome la piel.

Marco.- Pero tu sabes
que si él creyera
que en esa vida de aventurera
fué siempre suyo tu corazón
el ansia impura
que ya venciera
resurgiría potente y fiera

para su eterna condenación?

Calla mujer
no puede ser!

Sara.-

Decidle padre
que ya mi vida
se está agostando
como una flor,
y que a la muerte
voy redimida
por el recuerdo
de aquel amor.

Marco.-

Tu confesión mitiga
tu dura crueldad.
Que el cielo te bendiga
si dices la verdad!

Sara.-

Si él me creyera...

Marco.-

Si él lo supiera...

Los dos.-

Que es siempre suyo {tu
mi} corazón.

resurgiría potente y fiera
la arrolladora fatal pasión.

Marco.-

Calla mujer,
no puede ser!...

*Corralo
Salveste
royame*
ce cal Conyo
SCENA XV.

DICHOS, FABRICIO, DANIEL, DAMAS, CORTESANOS.

CAPITÁN, OFICIALES al fin LORENZO y ARCADIO.

-H A B L A D O-

CON MUSICA EN LA ORQUESTA.

Capitán. ~~X~~ Perdonad, padre, pero es preciso terminar.
Esa mujer debe partir antes de que el
Príncipe salga.

Marco.- Tienes razón. Partirá ahora mismo.

Pues vamos:
Capitán.- ~~Disponed su escolta.~~

(A los oficiales)

Marco.- No; esperad. No necesita que la guarden
soldados.

Capitán.- Lo ha mandado el REY.

Marco.- Pero la voluntad del Rey es menos fuerte que la mía. Decidle que esta mujer no puede morir sin que la penitencia redima su alma.

(A SARA)

Marcha. Eres libre.

Capitán.- Padre, eso no puede ser.

Marco.- Puede ser, puesto que Dios lo quiere.

{ SARA protegida por MARCO,
{ avanza hacia el fondo de-
{ recha. Todos se apartan ins-
{ tintivamente para dejarla
{ (paso.)

Capitán.- Por la fuerza haremos que la sentencia
Luchamos
se cumpla.

Marco.-

{ Ya en el fondo abriendo los
{ brazos para ocultar la figu-
{ ra de SARA.)

Fernando
Intentadlo! Amparada por la cruz se salva. La divina maldición caerá sobre el que se atreva a tocarme!

Quitar caballo
{ Salen precipitadamente por
{ (la izquierda LUCHASO y MARGARITA)

~~LORENZO~~ Eh! qué es eso ~~tralle?~~ *poche* Donde vá el amor
de mi vida?

Marco.- Calla y ~~detente!~~ Tú no entiendes de esto,
Príncipe!

(Siguen retirándose lentamen-
te. Los demás inmóviles, no
se atreven a detenerlos.)

T E L O N

